

M. 863
R. C.



PQ7297
R46
M3

Esta obra es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su permiso.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Núm. Clas N
Núm. Autor R. C. M.
Núm. Adg. 33824
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 29
Catalogó _____

PRIMERA PARTE.

LOS CRIOLLOS.

I.

En que se ve que algunas cosas son para unos juegos de niños, y para otros dramas del corazon.

Por la Plaza principal de México atravesaba triste y pensativo un jóven como de veinticinco años, elegantemente vestido y embozado en una capa corta de terciopelo negro.

Cruzó por el puente que estaba frente á las casas de Cabildo, y se dirigió á la calle de las Canoas, como se llamaban entonces las que ahora se conocen con el de calles del Coliseo.

Comenzaba el mes de Noviembre de 1624: la tarde estaba fria y nublada, y un viento húmedo y penetrante soplabá del rumbo del Norte.

El jóven procuraba cubrirse el rostro con el embozo de la capa, mas bien como por precaucion contra el frio, que por temor ó deseo de no ser conocido.

Así caminó largo tiempo hasta que se detuvo frente á una gran casa de tristísima apariencia.

En el alto muro que formaba la fachada de aquella casa, habia sin cuidado ni órden, algunas ventanas guarnecidas de fuertes y dobladas rejas, todas cerradas por dentro, é indicando por su poco aseo y por la multitud de telas de araña que las cubrian, que por mucho tiempo nadie se habia asomado por allí.

La puerta de la casa tenia una figura rara tambien, y los batientes ostentaban gruesos clavos de fierro, que mostraban ya las señales de la vejez y del abandono.

El jóven miró la casa con cierto aire de tristeza, lanzó un suspiro, y sacando la mano por debajo de la capa, llamó fuertemente á la puerta.

Al cabo de algun tiempo se oyó el ruido de los cerrojos y las cadenas, y la puerta se abrió rechinando sobre sus enmohecidos goznes.

Un anciano vestido de negro y con un gorro de lienzo blanco, recibió al jóven.

—¿Qué manda usía?—dijo.

El jóven se lo quedó mirando y luego le contestó con otra pregunta:

—¿Sois por ventura, tío Luis?

—Luis Herrera: pero vos ¿quién sois?

—¿No me reconocéis?

—No, al menos.....

—Leonel.

—¡Ah!—exclamó el viejo.—¡Don Leonel! ¡El señorito! El primo de la señorita.

—El mismo, viejo, el mismo. Dame un abrazo.

El anciano se arrojó en los brazos del jóven llorando, con

esa ternura infantil que se encuentra en el hombre por segunda vez al fin de la vida.

—¡Señorito, cuánto gusto va á tener la señorita al veros!

—¿Y está buena?

—Buena, y hermosa de grande.

—¿No se ha casado?.....

—No, Dios nos libre; qué gusto tendrá! voy á avisarle....

—No, cierra y yo subiré.....

Leonel se desprendió del viejo y comenzó á subir la escalera.

Todo revelaba en aquella casa abandono y tristeza; ni rumor de criados, ni de caballos, ni flores, ni plantas, ni pájaros; las arañas formaban sus telas libremente por todos los rincones, y el viento entraba gimiendo al través de las rotas puertas de las habitaciones.

Leonel atravesó con la confianza del que conoce el terreno, por algunos corredores, y el eco de sus pasos se repetía sin que nadie apareciese.

Llegó por fin al extremo de un largo corredor y llamó á una puerta.

El pálido rostro de una vieja dueña envuelta en negras tocas, apareció entonces.

—¿Qué mandais?—dijo la dueña.

—¿Quiere Usarcé anunciar á Doña Esperanza que su primo Don Leonel de Salazar, que acaba de llegar de España, desea hablarla?

La dueña sin contestar desapareció cerrando la puerta.

Leonel quedó esperando, y poco despues la dueña volvió á presentarse.

—Pasad, caballero, que la señora os suplica aguardeis un momento.

Leonel penetró en un salon que para él era bien conoci-

do, porque paseando por todas partes miradas tristes, exclamó en voz alta:

—Lo mismo, lo mismo; pero el tiempo ha pasado por aquí su mano de bronce.

—Decid mas bien la desgracia—contestó una voz dulcísima.

—Doña Esperanza! exclamó Leonel estrechando entre sus brazos á la dama que habia pronunciado aquellas palabras.

Doña Esperanza era una jóven de diez y ocho años, alta y erguida; su rostro tenia el color de la aurora; su pelo casi rubio se tejia en anillos encantadores; sus ojos grandes y brillantes mostraban una dulzura infinita en sus miradas, y su boca pequeña parecia la de un niño por su tamaño y su frescura.

Vestia Doña Esperanza un severo trage negro que hacia resaltar mas su belleza y el blanco mate de su cuello gracioso, y no llevaba adorno ninguno en la cabeza. Aquella mujer vestida así, tenia algo de fantástica, de ideal.

—Sentaos, primo mio, que largos años hace que no nos hemos visto—dijo conduciendo de la mano á Don Leonel hasta un campé.

—Años que me han parecido siglos, Doña Esperanza, años en que no pensaba sino en volver á veros.

—Sois muy bueno, Don Leonel.

—No, Doña Esperanza; es que jamás he podido olvidar nuestros juramentos de otro tiempo.

—¿Quién se acuerda de eso? Eran juegos de niños.

—¿Juegos de niños, Esperanza, juegos de niños? ¿y vos me decís eso? ¿y lo pensais así? ¡Ah! ¿para qué me lo habeis dicho? Quisiera que me lo hubiérais ocultado.

—¡Eramos tan jóvenes! Quizá ni vos ni yo, Don Leonel, pensábamos en lo que deciamos.

—¡Ah, Esperanza! qué cruel sois conmigo, que así me juzgais!

—¿Es decir qué no me habeis olvidado?

—¿Olvidaros, Esperanza, olvidaros? Al través de los mares, enmedio de las tormentas, entre el fuego del combate, vos érais siempre mi pensamiento, mi ilusion, mi vida; os soñaba, os veia en las pesadas noches del campamento, entre los abrasadores rayos del desierto; vuestro nombre era mi primer idea si despertaba, vuestro recuerdo mi último pensamiento si dormia.

—¿Es verdad?

—Os lo juro, Esperanza; aquello que para vos fué un juego de niños, hirió profundamente mi corazon, se hizo el alma de mi alma: mirad, Esperanza, el viento delinfortunio y el fuego del corazon han comenzado á marchitar mi juventud antes de tiempo, mientras á vos, el ángel que acompaña á la virtud os cubre y os hace mas hermosa cada dia. ¡Oh, Esperanza, vos no podeis comprender cuánto he anhelado por este momento que llegó al fin, por este momento en que sin obstáculos ya, la mano de Dios me trajera á vuestro lado, para deciros, como en otro tiempo cuando atravesábamos los campos unidos de las manos y cortando flores: Esperanza, alma mia, te adoro!

—¡Oh, Leonel, no recordeis eso que os he dicho que fueron juegos de niños!

—Bien, Doña Esperanza, llamad juegos de niños al primer amor del corazon, al mas dulce perfume del alma; pero por Dios, por compasion, no me lo digais á mí; me destrozaís las ilusiones mas bellas de mi vida. ¿Decidme, ¿nunca me amásteis?

—Bien lo sabeis; ¿para qué hacerme esa pregunta? Leonel inclinó la cabeza y quedó pensativo.

—¿En qué pensais?—dijo Doña Esperanza.

—En vos, que sois mi único pensamiento, en que os amo mas que nunca.

Doña Esperanza tomó una de las manos del jóven y la estrechó con pasion.

Leonel alzó el rostro y clavó en ella una mirada de amor, pero llena de melancolía.

—No hablemos mas de eso—dijo Doña Esperanza.

—Para eso será necesario que yo me vaya—contestó Leonel levantándose.

—No os vayais.

—Es preciso; no podria estar á vuestro lado sin deciros que os amaba.....

—¿Pero volveréis?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Me lo ofreceis?

—Os lo ofrezco.

—Entonces, adios.

—Adios.

—No os olvideis, mañana.

—Mañana.

Doña Esperanza vió desaparecer al jóven y exclamó, alzando los ojos al cielo:

—¡Juegos de niños! ¡ojalá! Le amo, le amo.

Don Leonel salió tan preocupado, que no se despidió siquiera del anciano portero, y marchaba por la calle repitiendo:

—La amo mas que nunca, mas que nunca.

II.

En que se prueba que el patriotismo suele andar
en femeniles pechos.

PERMANECIA aún Doña Esperanza con la mirada fija en el corredor por donde habia desaparecido Leonel, cuando se abrió sin ruido una puerta que á su espalda quedaba, y penetró en la estancia otra mujer.

Era una mujer como de cincuenta años, excesivamente pálida, pero con un pelo tan negro como el ala de un cuervo; vestia tambien, como Doña Esperanza, un sencillo trage negro de lana, y tenia con la jóven una perfecta semejanza; parecian las dos una misma mujer vista en dos edades diferentes.

Aquella especie de aparicion parecia deslizarse, no andar, y sus ojos brillaban de una manera extraña: se acercó á Doña Esperanza, que absorta en sus pensamientos no la habia sentido, la contempló un momento con ternura, y luego la tocó ligeramente en un hombro.

Doña Esperanza se volvió sobresaltada.

—Madre mia!—exclamó.

—Esperanza! ¿En qué pensabas, hija mia?

—Acaba de salir de aquí mi primo Don Leonel—contestó la jóven.

—Le he visto, hija mia, y en tu semblante conozco lo que te ha dicho y en lo que estabas pensando ahora mismo.

—Suponeis, señora.....—dijo ruborizada Esperanza.

—No supongo, hija mia, no supongo, las madres no suponemos, adivinamos; el pensamiento de una hija como tú, candorosa y pura, se lee en la mirada, se ve cruzar sobre la frente.

—¡Madre!

—Ven, hija mia, siéntate á mi lado y hablaremos.

La dama se sentó en un sitial, y Doña Esperanza acercando un taburete se sentó á sus piés.

—Escúchame, hija mia—dijo pasando su mano blanca y trasparente entre los rizados cabellos de la jóven—escúchame con paciencia, porque quizá te diga lo que mil veces te he repetido, y ábreme, mi vida, tu corazon: ¿tienes confianza de mí, hija mia? ¿me quieres como siempre?

—Mas que nunca, madre mia, mas que nunca—contestó Esperanza, enderezándose hasta besar la pálida frente de la matrona.

—Haces bien, porque te quiero tanto.....y he sido siempre tan desgraciada! Vamos, hija mia, dime con verdad, ¿tú amas á tu primo Leonel?

La jóven se puso encendida como una amapola, bajó los ojos, y sin contestar comenzó como á enrollar maquinalmente las anchas cintas que pendian del cinturon de su vestido.

—Háblame con franqueza, hija mia—dijo la madre tomándola dulcemente de la barba y procurando alzarle el rostro para verle los ojos;—¿acaso no soy tu madre yo? ¿acaso hay álguien en el mundo á quien pudieras mejor fiarle tus secretos? Dime, hija mia, ¿le amas?

—Creo que sí, madre mia, creo que sí, á pesar de que procuro no amarle: perdonadme, creia haberle ya olvidado, creia

que él me olvidaba á mí tambien; pero le he visto, y todo el pasado volvió á mi memoria.....y he conocido.....¡ay, madre mia!.....que no habian sido juegos de niños, que aquel amor casi de infancia habia dejado raíces profundas en el corazon.

Doña Esperanza, como fatigada del esfuerzo de aquella confesion, ocultó su rostro entre sus manos.

La matrona acarició aquella hermosa cabeza durante algunos instantes, y luego dijo:

—Oyeme, Esperanza, de nada tengo que perdonarte; tu corazon se enciende en un afecto noble, en una pasion que nada tiene de impura; pero olvida ese amor, hija mia, sofócalo en tu pecho: ¿por qué hacerte tú misma desgraciada? Muchos años hace, hija mia, que vivimos aquí separados del mundo, aislados; casi desde que tuviste uso de razon, has crecido tras estos muros tristes, sin mas amistades entonces que tus dos primos Alfonso y Leonel de Salazar. Alfonso, de mayor edad que tú y con vocacion para la carrera eclesiástica, jamás te demostró mas que un cariño fraternal; Leonel comenzó á sentir amor por tí, temblé entonces; pero por fortuna su padre le envió á España á servir al ejército de Su Majestad, y creí como tú, hija mia, que aquellos habian sido juegos de niños; sin embargo, no me he cansado de amonestarte, y hoy que veo renacer ese amor, necesito que me oigas, necesito fortalecerte en tu heróica resolucion de no amar jamás á ningun hombre.

—Sí, madre mia, habladme; habladme, solo vuestra dulce voz y vuestro acento persuasivo podrán darme valor: habladme, decidme esas cosas, que aunque son tan tristes, me dan fuerza, me animan.

—Cosas bien tristes son y capaces de causar la desesperacion á otra alma que no estuviese templada como la tuya....

pero tú has crecido bajo la sombra de la desgracia, y como una flor regada con llanto.....Hija mia.....¿qué esperas del amor de un hombre? ¿podrás unirte á él?.....desgraciada entonces de tí; nuestra familia lleva ante el mundo una mancha que nada es capaz de borrar, ya lo sabes; y aunque jamás te he referido la historia, tú no ignoras que mi madre Doña Isabel de Carbajal; y sus dos hermanas Leonor y Violante, murieron en la hoguera por judaizantes.

—Madre mia, no recordeis eso que os hace padecer tanto.

—Es preciso, Esperanza, es preciso; tú legarias á tus hijos la deshonra: además, tú eres criolla, tú no has nacido en España, Leonel tampoco: ¿y sabes tú, hija mia, lo que quiere decir esta palabra entre nosotros? ¿sabes tú lo que es ser criollo en la Nueva-España? es ser esclavo, despreciable, vil.

Los ojos de aquella mujer brillaban, y sus mejillas, á pesar de su ordinaria palidez, se encendian con el fuego de la indignacion y el entusiasmo.

—Los españoles son nuestros conquistadores, nuestros amos, ¿lo entiendes? nuestros amos: tus hijos serán unos seres abyectos que nacerán y vivirán como tú, como yo, como Leonel, como los animales viven y mueren, sin patria, sin tierra, y no les valdrá su inteligencia ni su valor para nada, y no los verás respetados ni considerados nunca, y en el clero serán cuando mas tristes curas de una parroquia de la sierra, y vivirán ignorados, y oirán hablar de gloria y de patria á sus amos, y se exaltará su corazon, y para ellos no habrá nunca ni patria, ni gloria, ni nada: ¡ah, hija mia, hija mia! no ames nunca á un hombre, no te cases jamás para tener hijos que aumenten el número de los esclavos.

—Calmaos, madre mia, calmaos—decia Doña Esperanza

mirando la creciente excitacion de la dama;—calmaos por Dios, que temo que os dé alguno de esos ataques que sois padecer.

—No, Esperanza; te he dicho que es preciso que me oigas, y haré un esfuerzo para conseguirlo.

—¡Ah, madre mia! me haceis temblar por vuestra salud; y al veros así, ganas tengo á veces de esconderos esos libros que exaltan vuestro ánimo de tal manera.

—Harias mal, hija mia; esos libros conseguidos á tan altos precios y que tenemos que ocultar cuidadosamente de nuestros amos y de la Inquisicion, han abierto mis ojos á la luz, y con ellos he formado tu alma, hija mia, tan noble y tan pura.....

—Es verdad, pero vuestra salud decae dia á dia.....

—El cuerpo, Esperanza, sigue el destino de todas las cosas del mundo, pero el espíritu se eleva y se acerca á Dios: escúchame, Esperanza, no quiero perder un dia solo sin hablar á tu corazon; estás en la edad de las pasiones, tu pensamiento se preocupa ya con tu primo, y crees en estos momentos que cualquier sacrificio seria pequeño para tí con tal de vivir á su lado, ¿es verdad, hija mia?

Esperanza bajó los ojos y casi sin quererlo dijo:

—Sí, señora.

—Lo comprendo, hija mia; pero oye, tú no sabes lo que es el amor de una madre para sus hijos, tú no concibes siquiera la idea de ese cariño tierno, inmenso, el único desinteresado que hay sobre la tierra, que no exige en su abnegacion sublime ni siquiera la correspondencia; pues bien, hija mia, una madre quiere para sus hijos todo lo bueno, todo lo grande, todo lo digno; ¿y el dia, Esperanza, en que vieras á tus hijos, jóvenes, hermosos, valientes, sabios, tal vez temblar ante la idea de una calumnia en la Inquisicion,

despreciados por hombres que valian menos que ellos, solo porque ellos eran criollos? El dia en que los vieras ansiosos por llevar un traje de terciopelo y oro, ó montar un arrogante caballo, sin poderlo hacer porque tienen en sus venas sangre de judaizantes condenados por la Inquisicion, ¿ese dia no te arrepentirias de haber dado la vida á séres tan desgraciados? ¿vale un siglo de amor para una mujer, tanto como un dia de luto y de vergüenza para sus hijos? Esperanza, ¿cambiarás el amor de Don Leonel por la desgracia y la ignominia de tus descendientes? Habla, respóndeme con tu corazon, Dios te escucha.

—¡Oh! nunca, madre mia, nunca; yo arrancaré de mi pecho esta pasion.

—Hija mia, Dios te bendecirá, Dios premiará tu sacrificio, y la lepra que mancha nuestra honra no se propagará á otros séres tan inocentes como nosotras, pero que serian tambien, como nosotras, desgraciados. Dios te bendiga.

Y aquella mujer, como una inspirada, tendió sus manos sobre la cabeza de su hija, y luego salió majestuosamente del aposento. Su agitacion estaba enteramente calmada, y su rostro habia vuelto á adquirir su trasparente palidez.

Aquella muejr se llamaba Doña Juana de Carbajal, y su vida era un misterio tan impenetrable, que su misma hija no habia llegado nunca á descubrirlo.

Doña Esperanza quedó profundamente preocupada, sentada en el mismo taburete y reclinada la cabeza sobre el asiento del sitial que acababa de abandonar Doña Juana.

III.

Dáse á conocer al lector la familia de Don Leonel de Salazar, y cuéntasele lo que en la casa de éste pasaba.

EN una estancia amueblada con estrados y siales de cedro, tapizados de damasco amarillo, conversaban en derredor de una gran mesa que en el centro habia, y á la blanca luz de dos grandes bujías de cera, tres personas, que á primera vista se conocia que eran de la misma familia.

Ocupaba el lugar de honor un anciano, pequeño de cuerpo, flaco, con ojos pardos y como velados por largas y blancas cejas, que vestia ropilla, calzones, y medias calzas negras, todavía á la moda del tiempo de Felipe II; tenia cubierta la cabeza con un birrete blanco, debajo del cual se escapaban algunos mechones de canas.

El que ocupaba la derecha era un sacerdote jóven, como de treinta años, y á la izquierda estaba Don Leonel.

El viejo apoyaba los codos sobre la mesa, y parecia estar distraido, haciendo sonar los dedos de su mano derecha sobre los de su mano izquierda, que tenia cerrada.

—¿Con que es decir—dijo dirigiéndose á Don Leonel—que tu primer visita la dedicaste á tu tia Doña Juana de

Carbajal, ó mas bien dicho, á tu primita Doña Esperanza?

—Sí, señor padre.

—Hum! ¿Pues sabes que hiciste muy mal?

—Muy mal, señor, ¿por qué?

—¡Hola! ¿ya quieres que te dé yo razones? Adelantados estamos: vaya, pues hiciste muy mal, porque yo lo digo.

—No sabia yo.....

—Bien, no sabias, pero ahora ya lo sabes; no me gusta que frecuentes amistades de esa clase: cuando eras niño, por condescender con tu madre (que en paz descanse) y que era prima de esa Doña Juana, porque yo, gracias á Dios, no tengo parentesco con ella, consentia en que fuérais los dos, que ella al fin era criolla y tenia tales relaciones; pero en lo sucesivo ese parentesco como si no existiera: ¿es-
tamos, caballero?

—Sí, señor.

—Porque esa es raza de judaizantes, que no honran con su amistad á *cristianos viejos* como nosotros. ¿Y qué te contó la Doña Juana? ¿La primita estará ya muy grande? Estará bonita, porque esas judías tienen la apariencia siempre de buenas gentes; *sepulcros blanqueados*, como dice el Evangelio. Responde.

—Sí, señor, mi prima es una jóven muy hermosa.

—¡Mi prima! ¡jóven muy hermosa!—dijo el viejo repitiendo como con extrañeza estas palabras:—¿oyes eso, Alfonso?—dijo dirigiéndose al sacerdote.—Tu hermano está trastornado: ¿qué, te has vuelto loco, Leonel? ¡Tu prima! ¿no te he advertido que ese parentesco se ha terminado? Vaya, téngome yo la culpa: ¿qué bueno puede esperarse de tí si eres criollo?

Y el anciano indignado se levantó de la mesa y se retiró del aposento, repitiendo con cierto desprecio:

—Al fin criollo, al fin criollo.

Don Leonel cruzó sobre la mesa sus brazos y apoyó en ellos la frente.

El Padre Salazar le contempló silenciosamente.

Así trascurrieron algunos minutos, hasta que Don Leonel levantó fieramente la cabeza, y clavando en su hermano sus ojos negros y brillantes, exclamó:

—¡Hermano! ¿es una maldicion, por ventura, el haber nacido en Nueva-España?

El Padre Salazar se sonrió maliciosamente.

—Tal parece—contestó.

El silencio volvió á reinar algunos instantes mas.

—Jamás lo hubiera creído—dijo Don Leonel;—yo he vivido en los ejércitos del rey, he habitado en las grandes ciudades de la Península, pero jamás allí escuché esas frases de desprecio que nos siguen aquí por todas partes; jamás supuse lo que aquí sufrian los que han nacido en este suelo.

—¿Qué quieres?—contestó con dulzura el Padre Salazar;—esa es nuestra suerte, Dios lo dispone así.

—¿Y no habria un medio para salir de semejante situacion?

—No le alcanzo.....

Los dos hermanos callaron, pero era indudable que en el cerebro de ambos germinaban ideas que pugnaban por salir, pero que ninguno de ellos se atrevia á manifestar.

En aquellos tiempos se decia: *con el Rey y la Inquisicion, chiton*; porque ni aun delante de las personas de su familia tenia un hombre confianza para quejarse de la tiranía.

Todo el mundo se creia en la precisa obligacion de convertirse en denunciante, cuando escuchaba una palabra siquiera que pudiese considerarse ofensiva á los derechos

de la Majestad, ó al respeto debido al Santo Tribunal de la Fé.

Y esto aun cuando se tratase del padre, del hermano y del hijo; negra la desconfianza, extendia sus sombras hasta en el seno mismo del hogar doméstico.

—¿Será posible tolerar así la vida?—exclamó Don Leonel.

—Fuerza será buscar la resignacion en Dios—contestó el Padre.

—¿Pero no habrá un corazon fuerte, un brazo robusto y una cabeza inspirada por ese mismo Dios, que saque á Nueva-España de tan fiero yugo?

—Quizá Dios envíe alguna vez sobre esta tierra desgraciada su espíritu, que animó á Gedeon y á los Macabeos.

—Pero ¿cuándo? ¿cuándo? Hermano mio, ¿tú no sientes? ¿tú no comprendes? ¿no se enciende tu rostro?.....

—Leonel—contestó exaltándose repentinamente el Padre Salazar;—Leonel, tú eres el que no comprendes, tú el que no alcanzas; la idea vive, germina, Dios solo puede mirar en el porvenir, dar el triunfo, ó mandar la desgracia.....

—Alfonso—exclamó Don Leonel, admirado del entusiasmo que respiraban las palabras de su hermano—explícate, dime.....

—Silencio—dijo el Padre—silencio, Leonel: ¿te sientes con fuerza para arrostrar cualquier peligro por tu patria, por tus hermanos?

—Sí—dijo anhelante Don Leonel.

—¿No temblará tu corazon ni delante de la muerte?

—No, no!

—¿Serás capaz de guardar el silencio de la muerte aun en medio de los mayores tormentos?

—Sí, sí!—dijo Don Leonel con entusiasmo.

—Pues bien, hermano mio, Dios te escucha, y ante Él responderás de tus promesas: toma tu sombrero, tu ferruero y tu espada, y sígueme.

Don Leonel se levantó precipitadamente, y tomó su sombrero y su ferruero, colgó de su talabarte una larga espada, y se prendió en él dos pistoletes.

—Estoy listo—dijo.

—Vamos—contestó el Padre Salazar.

Y los dos salieron de la casa.

El hombre siguió de frente, y las sombras que inquietaban á Don Leonel desaparecieron como por encanto, y la calle volvió á quedar desierta.

Don Leonel hubiera de buena gana preguntado á su hermano lo que aquello significaba; pero se sentía embargado por cierta especie de respeto y de fascinación.

En el negro y sombrío muro de una casa, cuyos techos se desvanecían entre las sombras de la noche, había un cuadro embutido en la pared y que representaba la imagen de Cristo en la cruz. El cuadro estaba defendido de la intemperie por una especie de alero de tejado, hecho de madera, y del centro de este alero pendía un farol con un pequeño mechero de aceite, que proyectaba un corto círculo de luz vacilante y triste.

A un lado de este cuadro había una pequeña puertecilla.

El Padre Salazar se acercó á la puerta y dió un solo golpe, que resonó en el interior como en una bóveda.

—¿Quién?—preguntó un hombre por dentro.

—Uno y solo—contestó el padre Salazar.

Don Leonel le tiró de la capa como para hacerle notar que lo que decía no era verdad; el padre se volvió á mirarlo y se sonrió.

Entonces en la puerta se abrió un postigo pequeño y defendido por una reja y el ojo de un hombre asomó escudriñando curiosamente á los que le llamaban.

—¿Tenoxtitlan?—preguntó al través de las rejas, el portero.

—Libre—contestó Salazar.

El postiguillo se cerró, y sonaron los cerrojos abriéndose la puerta.

El padre Salazar penetró, seguido de su hermano, por un

IV.

A dónde llevaba el Padre Salazar á su hermano Don Leonel.

HABAN el toque de ánimas en todas las iglesias; la noche estaba oscura, y Don Leonel, siguiendo á su hermano, caminaban sin hablarse una palabra.

Cada uno iba preocupado con su idea.

Atravesaron gran parte de la ciudad, dirigiéndose á la calle de Ixtapalapa: al principio de su viaje encontraron muy pocos transeuntes; pero al llegar casi al fin de la calle de Ixtapalapa, por el lado del Sur, Leonel creyó observar algunos hombres ocultos unas veces en las cerradas puertas de las casas, recatándose otras en las esquinas.

Uno de estos hombres salió repentinamente y cruzó al lado de los dos hermanos; Don Leonel llevó por precaución la mano á la culata de uno de los pistoletes.

Pero aquel hombre pasó poniendo la mano en el ala de su sombrero, y diciendo cortesmente:

—Buenos días.

Don Leonel extrañó aquel saludo en medio de la noche, pero su admiración subió de punto cuando oyó contestar á su hermano:

—Dios los enviará.

largo y estrecho corredor, cuya bóveda repetía sordamente sus pisadas; en el fondo un farol mas bien deslumbraba con su pequeño rebervero, que iluminaba el camino de los dos hermanos.

Llegados al extremo de aquel corredor, tomaron á la derecha; aquel pasillo tenía la forma de una escuadra: una escalera escasamente iluminada los condujo al piso superior, y al llegar allí, Don Leonel comenzó á escuchar un murmullo semejante al que forman muchas personas conversando.

Habia despues de la escalera un pequeño corredor que terminaba en una gran puerta, al través de la cual se escuchaba el murmullo y se percibía luz.

El Padre llamó con un golpe, y de adentro le preguntaron:

—¿Quién?

—Uno y solo—volvió á contestar el Padre.

Como en la puerta de la calle, se abrió un postigo y se cruzaron entre el que llamó y el que abría las mismas palabras.

—¿Tenoxtitlan?—dijo el de adentro.

—Libre—contestó el de afuera.

Don Leonel comprendió que todas aquellas palabras eran una contraseña; se trataba indudablemente de una conspiración.

Se abrió la puerta y los dos hermanos penetraron en un gran salon, lleno de hombres de todas clases, pero entre los que podía notarse un gran número de eclesiásticos.

No hizo sino presentarse el Padre Salazar, y todos callaron y se pusieron en pié.

El Padre atravesó sereno en medio del concurso, y sin inclinar siquiera la cabeza, y seguido siempre de Don Leonel, subió á una especie de plataforma, en donde habia varios siales, tomó el del centro y se sentó, haciendo sentar á

Don Leonel á su derecha: entonces todos se sentaron.

El silencio era tan profundo, que podía haberse escuchado el roce de la atmósfera contra las paredes.

Don Leonel comenzó entonces á examinar el aposento.

Era una gran sala casi cuadrada; tenía en uno de los lados tres ventanas que estaban herméticamente cerradas, pero no solo con las puertas, sino con unas paredes hechas á lo que parecía recientemente, para evitar el que se observase algo desde afuera.

Viejas colgaduras, rotas y de color indefinible, cubrían las paredes, y adornaban la estancia toscos sillones forrados de cuero negro, y en los que á pesar de su vejez se advertían las señales de un blason.

Don Leonel examinaba todo con extrema curiosidad; pero de repente llamaron su atención tres cuadros que habia en el fondo de la sala: representaban esos cuadros á tres jóvenes, hermosas y ricamente ataviadas; las tres tenían entre sí una gran semejanza, y Don Leonel lo atribuyó á la preocupacion de su ánimo; pero aquellos retratos le trajeron á la memoria á Doña Esperanza; tenían á sus ojos un gran parecido con su prima.

Absorto estaba en aquellos pensamientos, cuando escuchó que su hermano comenzaba á hablar.

Hasta entonces habia comprendido que se trataba de una conspiración, que su hermano parecía ser el jefe de ella, pero no mas.

Don Leonel se hubiera comprometido sin vacilar y sin preguntar nada, porque tenía un alto concepto de la inteligencia y de la honradez de su hermano; pero aquello, además, sin poderse dar cuenta él mismo de por qué comenzaba á interesarle sobremanera.

—Hermanos míos—dijo el padre Salazar.—Oyóse en to-

do el salon ese ruido que hace una gran concurrencia cuando se dispone á escuchar con atencion y sin perder una palabra de lo que va á decir el orador.—Llegados son ya los momentos de obrar; lo que la cabeza ha discurrido, lo que la inteligencia ha dispuesto, el brazo debe ejecutarlo: ya no mas palabras, ya no mas proyectos; obras, el corazon lo quiere, y Dios presta su ayuda á las buenas causas. Todo está preparado, oidme. En esta tarde ha llegado uno de nuestros hermanos á quien envia á Acapulco el valiente príncipe de Nassau con una poderosa escuadra holandesa; navega en las costas de aquella provincia, esperando el dia señalado para apoderarse del puerto; la guarnicion no podrá resistir, y nuestro triunfo es seguro: con gente de desembarco organizará una expedicion para venir en auxilio nuestro, trayéndonos armas y pertrechos de guerra; pero para que esto sea fructuoso, es preciso que casi al mismo tiempo se dé aquí el grito de independencia, y las circunstancias son favorables: estamos á 2 de Noviembre y mañana mismo debe hacer su entrada á México el marqués de Cerbalvo, nombrado virey de la Nueva-España, y á quien acompaña el inquisidor de Valladolid Don Martin Carrillo, nombrado juez pesquisidor para las causas de tumulto contra el marqués de Gelvez: todos los ánimos de los que entonces tomaron parte, están temerosos y secundarán el movimiento que hagamos nosotros, por huir de la justicia; llegó, pues, el momento de obrar: el 5 de Noviembre debe atacar el puerto de Acapulco el príncipe de Nassau, y el 5 de Noviembre, aprovechando el desórden que causen las fiestas que prepara la ciudad al nuevo virey, debemos nosotros de dar el grito y levantar de nuevo el trono de Guatimoczin y de Motezuma Huilhicamina: Tenochtitlan libre, y libre el antiguo imperio de los aztecas.



LA CONJURACION.

Un relámpago de entusiasmo brilló en todos los ojos, pero nadie se atrevió á aplaudir.—El silencio era la vida de aquella reunion.

Don Leonel creia estar soñando.

—Os he dicho—continuó el Padre Salazar—que yo no podré por mi carácter ponerme al frente de vosotros; os he prometido un caudillo que tenga al trono los mismos derechos que yo, como descendiente del emperador Guatimoczin, y aquí le teneis: es mi hermano Don Leonel de Salazar.

Todos se pusieron en pié y extendieron silenciosamente el brazo derecho como en señal de asentimiento.

—Bien—dijo el Padre—reconocedle: y ahora dispersémonos, y recibireis como siempre las órdenes por los mismos conductos.

Toda aquella concurrencia fué desapareciendo por las diversas puertas de la sala, y poco despues no quedaban allí mas que Don Leonel, su hermano y un viejo que permanecia sentado en un sitial.